

No hagan el amor en la huesera.

Sentía una marcada falta de afecto. Me embargaba la tristeza. Mis pensamientos me fueron encaminando, no sin envidia, hacia el recuerdo de los amores de parejas famosas. De Romeo y Julieta, de Tristán e Isolda, de Otelo y Desdémona, de Orfeo y Eurídice, ... Este divagar de la memoria terminó por hacerme encaminar mis pasos hacia una sala de teatro donde estrenaban una obra trágica y romántica.

Saqué la entrada en la boletería y me sumí en la semipenumbra de la sala. Me senté. Relajé mi cuerpo y mi espíritu en espera del inicio de la función. No vi a nadie más sentado en las cercanías. Estimé que había ingresado demasiado temprano. Sin embargo, para mi sorpresa, se apagaron las luces, dejando solamente al escenario escapar de la oscuridad reinante.

Dos siluetas comenzaban a dibujarse en escena. Mejor dicho, se esbozaban, porque no se trataba de contexturas robustas sino, todo lo contrario, seres esbeltos, enjutos, magros, finos, estrechos, hasta diría avaros en su expresión corporal. Se trataba de Pilar y Ambrosio, dos jóvenes de distinto sexo, enamorados uno del otro, pero que aún no se habían visto beneficiados por la economía de mercado. Lástima, en el trozo de país que habitan, no se puede afirmar que les corresponde, pero en él habitan, no se han podido percibir los beneficiosos efectos del rebalse económico desde los pudientes hacia los desheredados. En suma, son un par de pobretes, marginales, piojosos, etc. Sin embargo, ellos no lo notan. Solamente son capaces de percibir que se aman. A pesar de tanta pobreza, desean formar un hogar. No lo tienen, ni poseen los medios para obtenerlo. Ni siquiera tienen la posibilidad, como tantos habitantes del tercer mundo, de vivir allegados con sus familiares.

La magia del espectáculo me fue cautivando poco a poco, hasta olvidar todas las simplificaciones, trampas y falacias de una obra de teatro. Estaba en el mismo nivel emocional que la empleada doméstica adicta a las telenovelas. Tanta fue mi concentración que mi personalidad se fue anulando, borrando, hasta que mi yo se hizo a un lado, quedando solamente

mis ojos, abiertos como platillos, para captar la escena. Todo permanecía en la sombra para dar espacio a la cita de los enamorados, que se reunían bajo el crepúsculo, en la Plazuela de la Recordación, en mitad del cementerio de la aldea.

Ambrosio.- ¡ Adorada Pilar !. ¡ Castañetea mi osamenta de sólo entrever tu presencia !.
Pero, por favor, no te pongas de perfil amada mía, que te pierdo de vista.

Pilar.- ¡ Amado Ambrosio !. Siento que todos mis huesecillos cascabelean al oír tu voz, que parece me llegara de ultratumba.

Ambrosio.- Las cuencas de mis ojos han derramado torrentes de la pena que me causa nuestro alejamiento. A mi familia la han trasladado a otra población y nuestras citas han sido fugaces. ¡ Si tan sólo tuviera una fotocopia tuya !.

Pilar .- ¡ No sufras, amor mío !. Hoy mismo te fotocopiaré aunque sea mi certificado de defunción. Te servirá de consuelo .

Ambrosio.- He esperado con tantas ansias este momento. Deliraba porque tus clavículas y omóplatos se entrechocaran en medio de mis húmeros.

Pilar.- Y yo moría porque tus incisivos se restregaran apasionadamente con mis premolares. ¡ Que tus caninos retuvieran voluptuosamente mis maxilares !.

Ambrosio.- No dilatemos más esta angustiosa espera, que ha sido el aguijón que mantuvo nuestra esperanza viva. ¡ Que mi esternón se junte con el tuyo mientras mi cúbito rodea tus escápulas !.

Pilar.- Sean las tumbas que nos rodean testigos que tengo un sólo dueño. ¡ Que los inarmónicos sonidos de la mezcla apasionada de nuestros huesos sean la sinfonía macabra que retumba en el camposanto !.

Ambrosio.- Tiernos recuerdos han mantenido vivas mis ilusiones. ¡ Cómo no recordar tu risa !. El castañeteo de tus mandíbulas hilarantes me hace recordar el graznido de la lechuza en su época de apareamiento.

Pilar.- Igual que tú, he vivido estos días tan sólo de recuerdos. Sé que una sombra fugaz en mis cuencas vacías dio cuenta de la dicha que experimenté al recordar el pasado. Si me parece que fue hoy cuando jugábamos al pillar entre tumbas, lápidas y sepulcros.

Ambrosio.- ¡ Qué paz se respira en el cementerio !. Es como sentirse en el hogar.

Pilar.- Este oasis de paz es nuestra verdadera casa. Sin atochamientos del tránsito, sin contaminación ...

Ambrosio.- Sin policías frenéticos, sin asaltantes ni violadores, sin reporteros morbosos, sin festivales de la canción ...

Pilar.- ¿ Cuándo haremos realidad nuestro nido de amor ?.

Entretanto, sin que los enamorados se percaten, el demonio ha surgido entre las sombras que abundan en el camposanto. Satán ha sido testigo, igual que yo, del amor puro que anima a los dos esmirriados jóvenes. ¡ Qué oportunidad de tentarlos y transformarlos en dos seres desdichados, que se odian mutuamente !. Sin embargo, el demonio se detiene. En el fondo, se compadece de los jóvenes, miserables de existencia material pero rebosantes de riqueza espiritual. Hasta quisiera ayudarlos. Pero no puede dar muestras de su generosidad. Intenta justificarse: para él no tiene gracia hacer sufrir a quienes ya son desgraciados, aunque sea por insolvencia económica. El verdadero placer demoníaco es hacer caer a alguien que se encuentre en lo alto: a un rico empresario transformarlo en indigente, a un político honesto convertirlo en

un cínico venal, a un atleta empujarlo a la drogadicción, a un santo iluminado tentarlo con el erotismo o la sodomía ...

Estoy sobrecogido. Me he alineado espiritualmente junto a mis héroes. Debo avisarles que el demonio se encuentra presente en el cementerio. Me levanto. Doy algunos pasos hacia el escenario. El demonio ha vuelto su rostro hacia mí. Clava fijamente sus ojos en mi persona. Me ha dado una mirada capaz de helar a un muerto. Su poder es tan grande que me atenaza la garganta. No puedo hablar. De mi boca no sale una palabra. Su poder mental me devuelve como a un corderillo hacia mi butaca, donde me dejo caer dócilmente.

Satanás, empleando su potente magia negra, hace cantar a unos pajarillos en un árbol, con lo cual consigue distraer la atención de Pilar, la cual se distancia momentáneamente de Ambrosio. Éste queda solo. El maligno se le aproxima, pero con su apariencia cambiada. Se mimetiza bajo la forma inofensiva de un anciano respetable. Conversa unos momentos con el joven, lo justo y necesario antes que regrese su novia.

Pilar.- ¿ Quién era ese señor ?.

Ambrosio.- Te tengo una sorpresa.

Pilar.- Cuenta, cuenta. No resisto la impaciencia.

Ambrosio.- Ese viejo se ha presentado como corredor de propiedades. ¿ Te acuerdas del mausoleo del conde ?. El que está totalmente abandonado. Dice que hay dos sarcófagos vacíos en el tercer subterráneo.

Pilar.- ¿ Y qué tiene que ver eso con nosotros ?.

Ambrosio.- Tiene mucho que ver. Si queremos vivir juntos, necesitamos un techo para formar nuestro hogar. El tipo me dice que es el lugar indicado y, además, me lo

ofrece por casi nada. Lo arrienda a cambio de que lo mantengamos ordenado y alejemos a los intrusos. ¿ Qué te parece ?.

Pilar.- Amor mío, sabía que lo lograríamos. Nos trasladaremos hoy mismo. Total no es mucho lo que tenemos que cargar.

Ambrosio.- Está decidido. Adiós a los parques, calles y cines para lograr nuestras citas. El corredor de propiedades es fenomenal. Nos ha conseguido algo monstruoso. Deja describírtelo: escalera estrecha, sin pasamanos, con escalones irregulares, sombrío, a punto de caerse, las losas no resisten dos personas juntas y ... eso no es todo.

En ese instante, unos murciélagos pasan aleteando sobre nuestra pareja.

Pilar.- ¿ Aún hay más ?.

Ambrosio.- Pero claro que tendrá que haber más. Si con ese corredor parece que nunca, nunca se sabe.

Los jóvenes quedan solos conversando, ilusionados. Satán ha desaparecido. Pronto se iniciará un entreacto. Es el momento que aprovecho para salir de la sala. Me escurro entre el cortinado de la puerta. Avanzo dos pasos y choco con alguien que me cierra el paso. Es Él.

- ¿ Pensabas escapar de mí ?.

- ... ?.

- Deberás callar para siempre.

- Eeh... Nunca he pensado hablar nada.

- No intentes dar explicaciones, gusano. Nunca deberás contar que me has visto, ni relatar a nadie que los he ayudado. Comprenderás que ese gesto daña mi prestigio.
- Juro que jamás lo haré...
- Satán no puede ser misericordioso, no puede tener piedad.
- Sí, sí, comprendo.
- ¡ Qué vas a entender !. Pero, lo has jurado y eso cambia las cosas. Si quebrantas tu juramento, si hablas, te pasaré mi cuenta de inmediato. Tus pecados son muchos: engañas a tu mujer, has dado la espalda a tus amigos, te drogas, robas en la oficina. ¿ Sigo enumerando ?.
- No, por favor.
- Te ordeno callar. Y tú lo has jurado.

El demonio extiende sus brazos. Coge mis manos, las retuerce una y otra vez. Su mente, sin voz, sin palabras, vocifera que guarde silencio. Tiemblo de pies a cabeza de dolor y de terror. Despierto. Veo inclinado sobre mí el rostro de mi esposa. Me sonrío. Me tiene tomado de las manos, suavemente.

- Tenías una pesadilla, amor. Tuve que despertarte.

Le doy las gracias. Me siento en la cama, bañado en transpiración. Después del desayuno, ella me recordó que debía pasar por la oficina del Registro Civil, a obtener algunos certificados de diversos miembros de nuestra familia. Me dirigí hacia allá. Los malos sueños fueron causa de que ese día me activara lentamente. Llegué tarde a la ventanilla del Registro Civil. Una larga

fila de personas esperaba antes que yo llegara. Los minutos pasan. No encuentro como matar el tiempo. Veo que, a pocos metros, alguien se mueve haciendo la limpieza del recinto. Es un aseo, alto, flaco, de aspecto cadavérico. Enciendo un cigarrillo y voy a trabar conversación con él. Se vuelve lentamente hacia mí.

- ¿ Sabe, amigo ?. Tengo la sensación de haberlo visto antes.
- ¿ Ah, sí ?.
- Así es. Si le contara, no me lo creería. ¿ Trabaja mucho tiempo aquí ?.
- No -, me responde. - Llevo sólo unos días. Fue para mí una suerte encontrar este empleo. Me casé hace poco y vivo al frente del Registro Civil.
- ¿ Al frente ?. Pero..., si allí la única puerta que hay es la del cementerio.
- Señor -, me dice el tipo mirando hacia todos lados. - Usted no me lo va a creer, pero vivo allí en un mausoleo. Los dueños me lo arrendaron a cambio del mantenimiento y del aseo.

Lo quedo mirando con la boca abierta. El flaco capta mi expresión de asombro.

- ¿ No ve ?. No debería habérselo dicho. Usted empezará a contarlo a medio mundo.
- No, no, nada de eso. Es que... ¿ se llama usted Ambrosio ?.
- Sí. ¿ Cómo sabe mi nombre ?.
- ¿ Y su novia es Pilar ?.
- Sí, efectivamente. Pero... ¿ usted es adivino o qué ?.

Para calmar al tipo y para desahogarme yo mismo, le cuento con detalles el sueño que había tenido. Todo. Lo del demonio, lo de mi juramento de no delatar al ser satánico, la felicidad de la pareja. El flacuchento queda tan sorprendido como yo. Al fin, se ríe. Debe continuar con su trabajo. Se despide y se aleja. Veo que la fila comienza a crecer. Detrás de mí viene a instalarse un viejo, de aspecto respetable. Quiero ser amable y ofrezco cederle mi lugar.

- No, muchas gracias hijo -, me dice sonriendo pícaramente. - No vengo a sacar papeles al Registro Civil.
- ¿ Y a qué viene usted ?.
- Vengo a buscarte.
- ¿ A mí ?. ¿ Para qué será señor ?. A usted no lo conozco -, le respondo con un poco de desconfianza.
- Te equivocas. Nos conocemos. Vengo a traer tu boleta.

Junto con decir esto último, me extiende un papel de aspecto antiguo, como de pergamino. Me dispongo a leerlo.

"Boleta de cobranza. Por la presente boleta, Satanás, portador de la misma, viene a presentar cobranza por el alma del deudor... (mi nombre)... Motivo: romper juramento de silencio realizado por el deudor en el camposanto de esta ciudad. El acreedor se arroga el derecho de hacer efectivo el cobro en este acto y con violencia, si fuese necesario. Moneda de pago: la única divisa aceptada por el acreedor es el alma de quien ha entrado en morosidad".

- ¿ Qué broma es ésta ? -, digo, alzando la voz.

- No grites, hijo -, dice el anciano. - Ellos no pueden escucharte -, agrega, refiriéndose al público que se aglomera en el recinto.

Me toma suavemente de la muñeca con su mano izquierda. En tanto, con la derecha, hace un gesto invitándome a salir del recinto.

- ¿Qué hace ? -, le grité, tironeando hacia atrás intentando zafarme.
- Pensé que hablaba con un caballero y con una persona inteligente, al mismo tiempo -, dijo él.

La mirada benevolente había desaparecido de sus ojos. Su tomada amistosa y suave se transformó en una verdadera tenaza imposible de soltar. Tuve que seguirlo. Me sentía tan confuso: avergonzado, temeroso, desorientado. Más bien dicho, horrorizado.

- o -

Hoy día me autorizó a escribirles y contarles todo. Al fin y al cabo, no es tan mala gente. Hace calor aquí.

- o -

Ismael Berroeta